



La biblioteca escondida

Mauro Alvaro Ramón



FONDO DE LA CULTURA DE MENDOZA
INSTITUTO PROVINCIAL DE LA CULTURA
GOBIERNO DE MENDOZA

©Mauro Ramón, 1998.
*Todos los derechos reservados.
La reproducción total o parcial
de esta obra queda sujeta
a la autorización previa del autor.*

En la línea de fuego.

Estábamos agazapados al fondo de la casamata. Las luces de afuera alumbraban como flashes las paredes desnudas del cubículo donde nos cubríamos. Las explosiones llegaban restallando como truenos por el túnel, pero a esa altura ya casi no escuchaba nada. Tenía los sentidos cauterizados. La lengua estaba pegada al paladar, y la nariz apenas sostenía las antiparras infrarred frente a mis ojos. Los ojos. Los sentía como una pantalla de cine, como un televisor; la realidad pasaba en cámara lenta. Las explosiones de afuera marcaban aún más el efecto estroboscópico.

Había alguien al lado mío. Otro soldado, no sabía quién. Las mismas manchas de lodo blanco cubriéndole el traje, las mismas heridas, el mismo parálisis que hacía comunicarnos con miradas.

El otro era una cabeza asomando detrás del parapeto; de lejos me llegaba la estática del walkie talkie que tenía pegado en la zurda. Creo que ninguno de los dos escuchábamos nada, ni siquiera los disparos de afuera. Todo estaba lleno de relámpagos azules que iluminaban siempre la misma foto. Nosotros y el parapeto, nosotros y el parapeto, nosotros y el parapeto. Pese a la insensibilidad, sabía que tarde o temprano debía salir a la guerra, dejar de inmediato el cuartucho oscuro antes de que cayeran las bombas. La señal la daría el walkie; de reojo veía al soldado inmóvil y sabía que él esperaba lo mismo.

Me sorprendía pensar, me sorprendía el calor pulsante del fusil apretándome el cuello. Me sorprendía el sudor resbalando por la frente, mezclado con el barro y el miedo. Por un momento creí que la casamata era una tumba, que estábamos muertos, que simulábamos con toda esa actividad interior una espera que a lo mejor duraba siglos. Desvariaba. ¿No estaba lloviendo afuera? ¿Por qué había llegado allí? ¿Qué pasó antes de eso?. La angustia llegó como un tren desbocado. Hubo un relámpago....

.... y caminaba entre los armarios. Estaba en los vestidores de algún lugar grande, pero no había nadie. La fila de camarines era larga, el pasillo tenía una fila de bancas en medio; algo pasaba con las luces, porque los fluorescentes se prendían o apagaban intermitentemente. Tenía algo en el bolsillo, su mano tocaba

algo en el bolsillo. Una llave, una llave pequeña, como de candado. Se acercó a un armario y la introdujo. No abría. En el de al lado. Tampoco.

A medida que avanzaba, cada vez más rápido, los fluorescentes iban apagándose detrás de él, siguiéndole los pasos.

El vestidor estaba cada vez más oscuro. Iba de una fila a otra metiendo la llave frenéticamente en una cerradura, en otra, en otra. No. No. No.

De pronto, un parpadeo y se apagaron todas las luces. Casi al final del pasillo, una quedó titilando y se estabilizó en una luz amarilla, frente a un armario.

Dirigido por una extraña seguridad, caminó por el corredor oscuro, se paró delante del armario e introdujo la llave. La giró sin dificultad, y tiró de la perilla.

La luz se apagó.

¡Luz!! Como un verbo, la luz penetró por sus ojos.

El soldado lo había despertado, golpeándole con el walkie en la espalda, señalando frenético el aparato con la otra mano. Ahora sí, debíamos salir.

Me quité los restos de sueño, (¿Había soñado?), me levanté despacio, ajustando el fusil con ambas manos (¿Qué? ¿Qué soñé?) y seguí a mi compañero. Los disparos se intensificaban. Las luces proyectaban sombras fantasmas sobre las paredes azules, congelando instantáneas de nuestra huida. Miraba hacia atrás, para ver si las sombras no se quedaban en la pared. Todo se aceleraba, las explosiones, la sangre, nuestros movimientos, el tiempo, todo, todo hacia la salida.

El soldado desapareció por la entrada. Levanté la cabeza hacia el hueco centelleante y me adelanté. Salí.

La luz se apagó.